



Salvador Izquierdo
Una comunidad abstracta

Rut Román
Universidad de las Artes
Ecuador

Salvador Izquierdo
Una comunidad abstracta
Guayaquil: Cadáver exquisito, 2015
ISBN 978994221803-2. 96 páginas

Pierre Bourdieu sugiere, y yo le creo, que la identidad es un artificio que creamos a partir de la trama narrativa que sobre nosotros contamos a otros y de tanto oírnosla, nos la creemos. Es decir, que la rutina, los hábitos y aún los rasgos de nuestro carácter son recursos literarios, ficcionales si se quiere; lo que inventamos y repetimos para no perdernos en la desmesura de un *todo*, o a lo que Lacan llama lo Real con mayúscula. Lo Real viene a ser ese absoluto indiferenciado que el infante -feliz habitante de ese *todo*- siente como un solo cuerpo: el suyo, porque no ha diferenciado su cuerpo del resto de cuerpos, porque no tiene palabra-símbolo que marque una diferencia. La expulsión de esa felicidad, a breves rasgos, ocurre cuando trasparamos el umbral del orden simbólico, es decir, la palabra crea la realidad, y no al revés.

Los formalistas rusos distinguían entre el material crudo que el narrador toma (historia) y la trama o disposición artística que exhibe en una ficción narrativa. La diferencia básica entre ellas es que mientras la historia obedece a una cronología causal, la trama obedece a la voluntad narrativa del autor. En la historia, los eventos se asocian por su secuencia temporal y causalidad. En la trama el novelista diseña una disposición distinta que sirve a sus propósitos aunque interrumpa –o precisamente porque interrumpe- el orden cronológico y lógica causal de la historia. Ejemplo: las mil y una variaciones en las que se puede contar una historia como aquella de las consecuencias nefastas de la desobediencia infantil. Léase: “la caperucita roja”, si cambiamos la trama y empezamos por contar los requiebros y ojitos que la abuelita le echaba al lobo cuando

lo sentía pasar por la inmediaciones, hasta que, una tarde vencido por la curiosidad, el lobo cedió solo para ser trincado en el acto por la inoportuna caperucita quien, en un ataque de celos, digno de Salomé, provoca que el leñador finiquite al amante silvestre.

Alterada así la trama convencional, la historia resulta otra. Es decir, la trama es una decisión de poder que al definir cómo se cuenta, resuelve qué se cuenta.

Paradójicamente, aquello que es la felicidad absoluta en la primera infancia, una vez ingresado en el orden simbólico, es motivo de ansiedad y deseo a la vez. Si para el infante, o perverso poliforme como lo llamó Freud, ser indiviso con el cuerpo de la madre, del mundo, del universo constituye su placidez; para el individuo – fragmentado en el mundo y sus coordenadas, es decir en la narrativa que lo define y sujeta- ese es caos tras el cual el horror, la demencia y la muerte acechan.

El Alzheimer y otros sufrimientos nos acercan a esa frontera en la que, tras la degeneración de las células nerviosas del cerebro, estamos expuestos a perder nuestra narrativa o trama, y regresar a la fusión con el *todo*. Suspendida sobre nuestra cabeza, esta es una de las preocupaciones que informan nuestra manera de estar en el mundo.

El arte, como intérprete y expresión de aquello que nosotros no sabemos nombrar, pero que reconocemos cuando lo vemos en la obra de arte, lo pone sobre la mesa. Es cada vez más frecuente la obra de arte que retrata los procesos de sinapsis: es decir el fenómeno electro químico con el cual asociamos, derivamos y pensamos. Nosotros no pensamos de manera lineal (por eso el desafío de la escritura), nuestro pensamiento es sináptico, arbóreo, de libre asociación, no reconoce jerarquías ni pertinencias, se va, vuela y desvaría, es decir, es rizomático.

En un modelo rizomático, cualquier predicado afirmativo de un elemento puede incidir en la concepción de otros elementos de la estructura, sin importar su posición recíproca. El rizoma carece, por lo tanto, de centro: un rasgo que lo ha hecho de particular interés para la filosofía de la ciencia y de la sociedad, la semiótica y la teoría de la comunicación contemporáneas.

Este es el talento que propone la novela *Una comunidad abstracta* (2015) del ecuatoriano Salvador Izquierdo, quien nació en Londres en 1980 y ha publicado *El deslenguado de Portete* (2006) y *Autogol* (2009). Tanto *Una comunidad abstracta* como

Te Farurú (aquí se hace el amor) (aún inédita) han sido finalistas en el premio Herralde del sello Anagrama.

Una comunidad abstracta es una novela rizomática en la que la trama se deshace como azúcar en agua caliente; es decir, el hilo conductor no conduce a nada, se va deshilvanando o, lo que es lo mismo, se ramifica de tal manera que no es posible seguirle la pista al fascinante y arbóreo despliegue de información sobre las artes y los artistas de la vanguardia y cultura anglosajona del siglo XX.

Al ingresar en *la comunidad abstracta* vamos dando saltos asociativos, entre el autor de un libro sobre arte corporal, los artistas involucrados, el fotógrafo de ese libro y los distintos proyectos que efectuó, sin continuidad ni consecuencia; sin jerarquía de información o personajes. Toda la información es cierta, con lo que se pone en jaque las categorías de crítica de arte y literatura, las divisiones ingenuas entre verdad y ficción. Si bien la coherencia de las asociaciones es pasmosa, la “trama” está ausente. Esta novela acompaña la lectura y asociaciones libres de un estudioso del arte corporal, su manera de crear pensamiento evidencia los procesos epistémicos irrepetibles de cada individuo. Así sabemos que Tomkins, en un libro sobre Rauschenberg menciona a Rudolf Schwarzkogler, artista corporal quien se cercenó el pene frente a un fotógrafo.

Este dato que paraliza y cautiva al lector resulta ser fruto de una imprecisión: error o mito propagado por Robert Hughes, crítico australiano al que le seguimos la pista hasta que otro estímulo impulsa al narrador por otro rumbo y así vamos de sinapsis en sinapsis. No solo aprendemos un montón de datos interesantes sobre el arte del siglo XX, sino que nos documentamos sobre cómo piensa el narrador, es decir, *Una comunidad abstracta* ofrece una experiencia epistémica, divertida y frenética.

Atrevimientos como éste preceden a la novela de Izquierdo: la célebre *vida y opiniones de Tristram Shandy, caballero* (1759) de Laurence Stern se explaya y desvía de la trama porque su protagonista y narrador parecería incapaz de contar nada de manera sencilla. La obra se extiende en nueve volúmenes y pretende ser la autobiografía del narrador, quien, por la naturaleza divagante de su contar, solo viene a nacer en el libro III. *Tristram Shandy* en el siglo XVIII denunció y se burló de la mezquindad de la trama, continuamente interrumpiéndola, incordiándola con digresiones, idas por las ramas y aplazamientos siempre divertidas, por su irreverencia.



Así también, otra novela más reciente *Wittgenstein's Mistress* (1980) de David Markson, toma la divagación erudita de una artista menopáusica quien se cree ser la última habitante del planeta. Su cabeza, lúcida para el lector, no le resulta confiable a su dueña, quien siempre está rastreando el trampolín de una asociación, mientras avanza hacia otra. De esta manera la narración ofrece una experiencia semejante a quien adelanta y retrocede a la vez.

Menos mal que propuestas filosófico-literarias como las de Izquierdo, y antes las de Stern y Markson, al impugnar el gesto jerárquico de toda trama, dan la razón a lo que Silvina Ocampo dijo alguna vez: “ninguna cosa es más importante que otra cosa”.

Cuando al poeta neoyorkino Charles Bernstein le preguntaron el motivo de la publicación de la revista L-A-N-G-U-A-G-E, él dijo que era el gesto evidente y necesario para continuar una conversación tras la que se había creado una comunidad. Y continúa explicando que él desconfía profundamente de esas comunidades *a priori*, como la familia, y si vamos por ahí, la nación, la raza etc. Es decir, la conversación es el origen y resultado de una comunidad, esta es la invitación de *Una comunidad abstracta*.

La novela de Salvador Izquierdo se inserta en el prestigioso vecindario habitado por Samuel Becket, David Markson, Laurence Sterne, los ismos y la reflexión epistemológica. Lo hace con la profundidad y ligereza de la verdadera literatura: aquella que ofrece una lectura amenísima, mientras propone reflexiones complejas como la que he pretendido exponer en estas líneas.

© Rut Román